

AL/F.31-5

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

SIXTO ESPINOSA PERALTA

EN EL

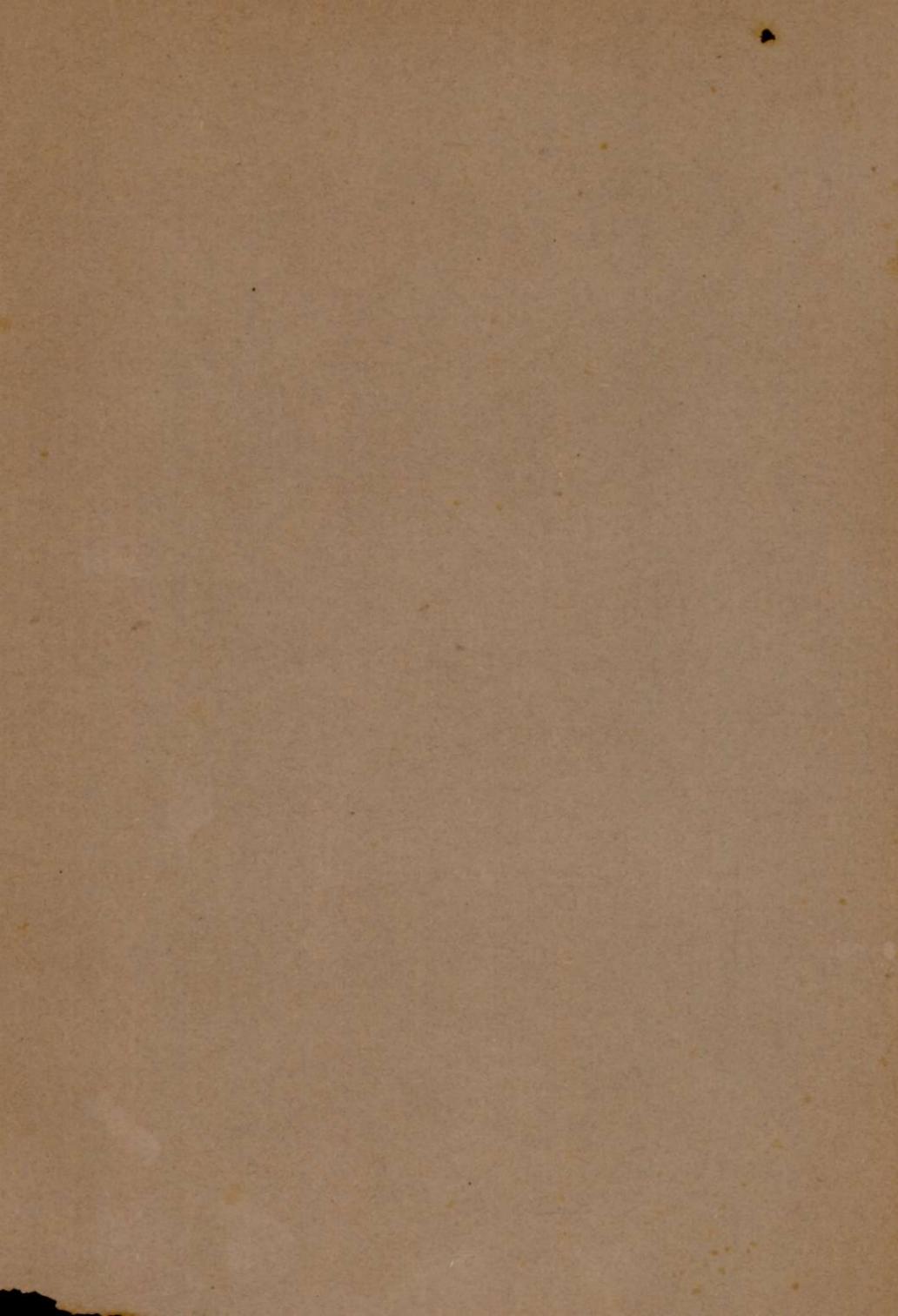
ATENEO CIENTIFICO Y LITERARIO

DE ALMERIA

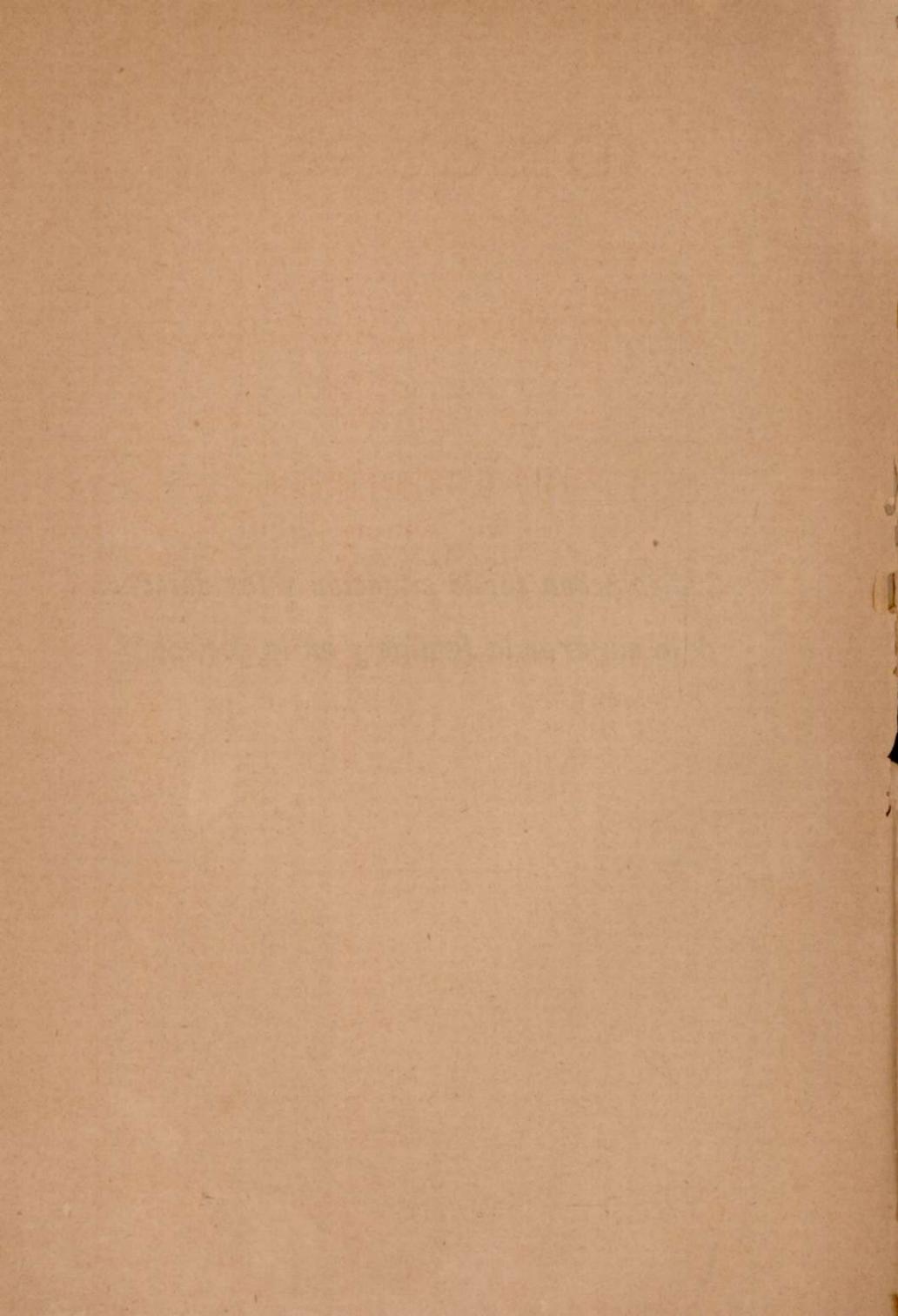
AL INAUGURAR LAS DISCUSIONES EN LA SECCION DE CIENCIAS MORALES
Y POLÍTICAS EN EL CURSO ACADÉMICO DE 1883 Á 1884.

ALMERIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA PROVINCIA.



*¿Cuáles deben ser la situación y los derechos
de la mujer en la familia y en la sociedad?*



AL 7.51-5

DISCURSO

PRONUNCIADO POR

SIXTO ESPINOSA PERALTA

EN EL

ATENE0 CIENTIFICO Y LITERARIO

DE ALMERIA

AL INAUGURAR LAS DISCUSIONES EN LA SECCION DE CIENCIAS MORALES
Y POLITICAS EN EL CURSO ACADÉMICO DE 1883 Á 1884.

ALMERIA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE LA PROVINCIA.
REAL, 18.

¿CUÁLES DEBEN SER LA SITUACION Y LOS DERECHOS DE LA MUJER EN LA FAMILIA Y LA SOCIEDAD?



I.

SEÑORES:

Legado de pasadas edades y error lamentable, es olvidar la verdadera consideracion que la mujer merece, negándole los medios necesarios para su completo desarrollo y su legítimo y total engrandecimiento. Bien se dijo que los hombres autores de las leyes, las han hecho á su antojo, olvidándose de altos y respetables intereses, para hacer luego como un patrimonio de aquello que marcadamente no les pertenecia. Nosotros no podemos ménos de censurar esta conducta, y creemos que en todo caso, fuera más justo en aquellos reconocer el hecho escudados en su amor á la tradicion, que defenderse ahora con sofisticas argumentaciones, que solo ponen de relieve su inconsecuencia; porque nadie pondrá en duda que la mujer ha sido una víctima en la historia de la humanidad, y que si alguna vez se le halaga y se le considera, ha sido ciertamente para unirla mejor á planes dictados por un refinado egoismo. ¿De qué sirven los cantos apa-

sionados del poeta que en ella vé solo fecundo manantial de inspiracion, cuando se olvidan otras atenciones más sérias y más trascendentales, privándola de los medios necesarios para su desarrollo y completa independendencia?

Pensad que esa superioridad de que blasona el hombre, no existe; pensad que esa superioridad que él ha formado, no tiene ningun fundamento lógico; pensad que es sólo una odiosa prerogativa que él ha hecho à su antojo; y tambien, que bajo palabras dulces y exageradas alabanzas, pueden encontrarse planes mezquinos y propósitos de una menguada dominacion, que la mujer debe rechazar, como todo lo que quebrante la sagrada integridad de sus derechos. La historia entera està llena en sus más brillantes páginas, de los nombres de mujeres sublimes, que en todas las esplendorosas manifestaciones de la vida, dieron elocuentes pruebas en esta defensa, de grandeza de ánimo y de elevado y generoso espíritu. Contemplad entre otras muchas à Lucrecia, la noble esposa de Colatino, y vereis cómo se levanta de la humildísima condicion de mujer romana, para representar todo lo que de más grande tenia aquel pueblo; esa virtud austera, verdadero destello de la luz divina, alma de todo un mundo, cuyos resplandores se pierden en el infinito; ved cómo con su ejemplo realiza la más profunda revolucion, y hace de un pueblo esclavo, el pueblo más poderoso de la tierra.

Ved à Safo; esa mujer sublime, que en un tiempo velada por la fábula, llegó à creerse pura creacion de la fantasía; ved esa divina representacion de la poesia lírica, inspirándonos hoy con sus apasionados cantos y despertándonos del duro letargo en que nos encierra una época materialista y calculadora.

Ved à Juana de Arco, levantarse como encarnacion viva del sentimiento nacional, y que débil y púdica doncella, conviértese de improviso en el esforzado campeon que, siempre victorioso, dá la libertad y la independendencia à su patria; ved cómo con esas empresas, tan grandes, tan extraordinarias, la vida entera de toda una nacionalidad fuertemente combatida, renace y brilla con el titánico esfuerzo de la desgraciada Juana de Arco, víctima sacrificada en mal hora por las malas pasiones de sus enemigos.

Ved en nuestra propia historia, á Isabel la Católica, dirigiendo con política hábil y previsora un gobierno poderoso, y realizando en sus manos con la conquista de Granada, la obra suprema de nuestra prosperidad y la época de nuestro mayor y más brillante florecimiento.

Y ved, en fin, en todas partes, cómo se levantan voces autorizadas que nos llaman, en los tristes lamentos de su prolongado martirio; sibilas de una edad venidera, que llevan en su alma el presentimiento de tiempos más felices y que deben encontrar desinteresadamente en nosotros, un fuerte apoyo á sus legítimas y sagradas aspiraciones.

Hé aquí, pues, señores, cómo nunca pudo ocurrirse causa más justa; causa más racional y más humanitaria; uniéndose á sus esfuerzos, levantar á la mujer de la humillacion en que yace, y darle en cambio de tantas ofensas, su verdadera consideracion. La mujer debe aspirar á verse libre del poder discrecional del hombre, que ha sido para ella, hasta ahora, y no os extrañe, un poder despótico y muchas veces enemigo; la fuerza con su imperio ha dado leyes, y la mujer, ser débil por naturaleza, ha sucumbido ante la superioridad salvaje del hombre.

¿No es, acaso, la mujer la dulce mitad de nuestra especie? ¿No hizo Dios al hombre bajo estos dos aspectos, ó empieza por ventura con la mujer, la escala descendente de los demás séres que le son inferiores? Porque hoy, á pesar de las tradiciones caballerescas, que han hecho proverbial el respeto á la dama de nuestros pensamientos, se considera moralmente á la mujer inferior al hombre, sin que se encuentre una razon seria que lo justifique; hoy tambien, sugetándola á una voluntad extraña, se la hunde en la más extravagante dependencia, y se la ofende para dejar impunes los abusos más injustificables; hoy, se le arrebatan todos los medios de sustentacion y de vida, disputándole esas ocupaciones mas propias á la debilidad de su sexo que á nuestra fortaleza; hoy, se cree que la mujer no puede vivir fuera del matrimonio; que no puede tener existencia propia, y se piensa despues del trascurso de tantos siglos, como equivocadamente suponian los romanos, que la mujer no podia salir nunca de la pátria potestad; hoy, abandonada á los quehaceres de la casa, sin otros horizontes, necesita de esos elementos

que se hacen necesarios para su existencia; y sin embargo, llega un día en que por tristes circunstancias recobra sus derechos; las leyes que no le permitian disponer de sus bienes, le dán la direccion de la familia, para que vea rotos los lazos de su vida conyugal, sin fuerzas con que hacer frente á aquellas nuevas necesidades que la agobian; hoy, en fin, la mujer, inferior muchas veces á sus propios hijos, sin instruccion, débil y decadente, no tiene fuerzas para guiarlos por un camino juicioso y arreglado, viéndolos abandonarse, sin limitaciones y sin respetos, á una vida donde seguramente labrarán su infortunio, desligados de los lazos de la familia y entregados sin freno á las viciosas espontaneidades de su voluntad y de su instinto.

Tal es, señores, la situacion en que se halla colocada la mujer en nuestros dias, á pesar de tantos adelantos y tan extraordinarios progresos; la mujer, castigada en otras épocas, robada, vendida, prisionera en el harem, vá desapareciendo; pero aún se conserva y parece que ha de conservarse por mucho, la mujer víctima de extraviadas preocupaciones, que la hacen inferior al hombre y la conceden un lugar secundario en nuestras costumbres y en nuestra manera de ser actual. Algunos pueblos modernos, concediendo en sus leyes notables privilegios á la mujer soltera, aunque vienen á reconocer su debilidad y su desgracia, poco adelantan en el objeto que les anima, porque el mal es de tal suerte y tiene raices tan profundas, que se estrellan como las olas del mar sobre dura roca, sus más generosos y humanitarios esfuerzos. Es necesario, pues, que no solo en las leyes, sino en nuestras propias convicciones y en lo más íntimo de nuestra conciencia, se grave permanentemente la consideracion y el respeto á la mujer; es necesario, que se vea en ella un sér con existencia propia, que puede aspirar como el hombre á su completo desarrollo; es necesario que desaparezcan para siempre los males que perturban nuestra sociedad y que tienen su fundamento en esta criminal y absurda diferencia de condicion; y es necesario, que si se le exigen grandes obligaciones; si queremos que cumpla con sus deberes y que se haga cargo de su mision y que la practique; que sea religiosa y no fanática; buena por conviccion y no por cálculo; que ame el hogar y no sea juguete del lujo

y de las exterioridades fastuosas, es necesario tambien que se le prepare libremente para realizar tan altos y trascendentales destinos.

La mujer, tal como debe ser, ha de formarse lejos de influencias extrañas que la vicien, siguiendo sus íntimas y honradas inspiraciones, para que comprenda que su mision es de paz y armonía, de puro amor y de consuelo; disipando suavemente las dificultades que crean la enemistad y la discordia y que turban las relaciones de los hombres, separándolos del fiel cumplimiento de sus generosos destinos; que si en su mision tiene sacratísimos intereses que hacen completa su independecia y su libertad, debe gozar, dentro siempre de su propia esfera, perfecta igualdad de derechos y obligaciones.

Conforme al plan que de antemano nos hemos trazado, conviene á nuestro estudio que ampliando en parte este ligerísimo trabajo con algunas noticias históricas, veamos claramente cómo se priva á la mujer, sin fundamento alguno, del lugar que en la escena de la vida le corresponde.

II.

Nos ocuparemos de la mujer en el estado de naturaleza, siguiendo á Pelletan en su bello libro *La madre*, preciosa joya de la moderna literatura francesa, que resume en breves é interesantes consideraciones, todo cuanto de este asunto se ha dicho.

Por él veis, cómo en el primer momento de las sociedades, cuando el hombre difícilmente distingue los objetos, y no tiene el más ligero conocimiento de su existencia y de su persona, la mujer, en vez de ser motivo de las maneras tiernas y expresivas de insinuarse, en vez de compartir en dulces pláticas y amorosas lucubraciones, ella que siempre es sensible, sufre resignada los duros tratamientos y la feróz y bestial expresion del salvaje. ¿Se dirá por esto que es tan visible como necesaria la superioridad del hombre? No, de ninguna manera; porque este principio, falso á todas luces, conduciría á los más lamentables resultados, á las más peligrosas consecuencias; sería como decir, que solo la fuerza es el principio regulador de nuestra vida, la única as-

piracion; y hé aquí de qué modo, vosotros, los detractores de la mujer, los que la creéis inferior al hombre y os lisongeáis en reconocer su único jefe, no comprendéis lo perjudicial de vuestra obra y á lo que desgraciadamente conduce. No es en la inteligencia y en las cualidades morales donde queréis encontrar esa superioridad, porque sabéis muy bien que esa superioridad allí no existe; la queréis encontrar en la fuerza, donde no podéis hallarla nunca; porque si grande y respetable es el hombre dirigiendo racionalmente esa fuerza, no lo es menos la mujer dirigiendo la fuerza moral del sentimiento, y ambos son por igual dignos de consideracion, cuando no traspasan, ambiciosos, el dilatado campo de sus atribuciones.

Aquella forma grosera de los primeros tiempos, no ha desaparecido; consérvese en los pueblos que aún viven en la infancia, siendo como un aspecto del principio general y absoluto de esa superioridad insultante. A la mujer después, se la caza, se la roba y arrebatándola violentamente de los brazos de su familia, se la hiere y se la maltrata para abandonarla más tarde; robo terrible del cual no dá vivísimo ejemplo hoy mismo, entre los resplandores de la moderna civilizacion, una raza que de antiguo viene unida á la nuestra, de origen desconocido, de vida errante, pero que por las leyes son sus hijos tan españoles como nosotros mismos. Se ofrece en ellos, sin embargo, notable diferencia; la mujer cede á los amorosos engaños que la seducen, huye, se aleja innoblemente, sin miedo y sin recato, de sus más caros afectos; cierra los ojos á todas las consideraciones, y se abandona ciegamente á lo que considera como su emancipacion y que no es más, de este modo, que el principio de su esclavitud y de su vergüenza. . . . Entonces el amor, ese sentimiento delicado y purísimo, ese sentimiento santo y vivificador que todo lo engrandece y que llena nuestra alma de nobles estímulos y de deseos de inmortalidad, está oculto; porque no puede vivir entre manifestaciones groseras; necesita de almas templadas al dulce calor de las grandes ideas y de las divinas inspiraciones, y estas flores no brotan nunca en el corazón del salvaje, ni tampoco cuando el hombre, por una exagerada presuncion, se cree superior á la que debe considerar como su buena y cariñosa compañera.

Ved, á este propósito, lo que dice un ilustre escritor contemporáneo:

«Acuéstate allí, y cállate: hé aquí la suerte de la mujer y del perro en la época del salvajismo. La mujer, tan pronto insultada, abandonada, como vuelta á tomar, apaleada y siempre reducida al estado de sierva, arrastra penosamente el largo suplicio de su existencia, con la frente humillada y siguiendo los pasos de su amo, hasta que por último la muerte se compadece de ella. Un hoyo en la tierra y todo ha concluido; la lluvia cae y la yerba crece.»

Á esta situación, era preferible la misma esclavitud; el esclavo tiene dueño, y el dueño tiene derecho á perseguir su propiedad y á conservarla; la mujer, sujeta á las asechanzas de todos, no pertenecía á nadie y era sin embargo de todo el mundo; no había llegado á tener bastante importancia para que pudiera adquirirse; y hé aquí de qué suerte, la esclavitud es un progreso en la historia de la pobre mujer, y un nuevo estado favorable, si se compara con su situación anterior; pero de inmensas privaciones, de infinitas desgracias, de inagotables sufrimientos. . .

Hubo un tiempo, en el que, cuando un padre necesitaba vender á su hija, admitía á todos aquellos que la solicitaban, vendiéndola gustoso al que más ofreciese. En muchas ocasiones, estos extraviados negociantes vendían á más alto precio su primera compra, dando así de esta manera más ancho campo á sus negociaciones. No era el padre el que guiado, aunque falsamente, por la prosperidad de su hija, quisiera así buscarle en las riquezas del comprador, vida más cómoda y regalada; sino que considerándola como objeto de venta y prescindiendo por completo de su persona, y de los íntimos lazos que con ella le unían, acepta y sigue sin escándalo un comercio que entonces se consideraba como legítimo.

En nuestra sociedad metalizada y corrompida, donde se han cambiado los hermosos ideales de la edad media por el grosero menudeo del tanto por ciento; en esta sociedad desgraciada, donde todo se cambia y todo se vende, la mu-

jer ha llegado también á ser una codiciada mercancía. Vosotros mismos habreis oido más de una vez, las quejas lanzadas contra una nación que no nombro, pero que todos conocéis, donde no existen los lazos de la familia, donde los matrimonios no se realizan inspirados por amor y donde el mezquino interés se ha apoderado de este acto, que es el más trascendental y supremo de toda nuestra vida; habreis oido más de una vez, que los futuros esposos solo se han visto un dia en ridícula visita y que ceden con indiferencia y sin cariño á lo que ya de antemano trataron sus padres que suele dominar en todas partes la idea funesta de preferir al jóven perezoso y de mala educacion, pero rico, colmándola de distinciones, para mirar desdeñosamente al que solo posee el capital de una conducta honrada y el alma llena de nobles y levantados pensamientos, que será en época no lejana útil y provechoso para su patria.

..

Señores: á la mujer vendida en pública subasta, cabía darle más consideracion, aunque se la conservase en la esclavitud. Era tan apreciable esta mercancía, que los compradores creyéndolo así, no quisieron abandonarla, y en su consecuencia, vino á nacer el harem, ó lo que es lo mismo, la mujer como objeto de lujo.

El dueño es ahora, si se quiere, un tirano que la encierra y que la vigila, ocultándola á las miradas de los codiciosos; que la oprime y que la humilla, imponiéndole una prision que no merece; pero es también quien la despierta inspirándole el deseo de la libertad, que abre para ella inmensos horizontes. Ya no sufre los dolores de la Ley India, que obliga á la viuda á morir en la hoguera levantada junto á la sepultura de su marido; ya no la arrojan siendo niña á la inmundicia para que sea devorada por los perrós; ya no es presa de la arbitrariedad de su enemigo, que inventa de continuo nuevos medios de turbar su reposo.

Si reunida á otra, forma el cortejo de un soberano; si este soberano, cada dia más obstinado y más ciego, quiere esconderla, y para esconderla la ofende; si con su mirada recelosa quiere evitar todos los peligros que la asedian é inventa

para ella nuevas privaciones y nuevos castigos; si él, ¡insensato! cree que solo por su ambicion y por su egoismo puede detener el cumplimiento de las leyes supremas de la historia, y dejar en pié con una injusticia, una víctima en la infeliz mujer, ¡mucho se engaña!; porque á medida que con más obstinacion la sujeta y la oprime, más fuerza le dá y más empuje, para que saliendo precipitada de las estrechas prisiones del harem, quiera respirar ancha y desahogadamente los puros aires de la libertad, y venga á señalar de este modo en la historia, mayores progresos para el mundo.

La familia, de la manera que se hallaba constituida entre los judios, no significaba tanto á la emancipacion de la mujer, como el serrallo, cuyo espectáculo nos horroriza. Constituíase por una venta extraña por completo á la religion, y de la misma manera que en la India despreciativa y denigrante, siendo víctima la mujer, á pesar de hallarse combatida la poligamia y la esclavitud, de infinitas humillaciones y de atroces sufrimientos. Examinad, sinó, el principio de la ley hebraica que se refiere al matrimonio, el cual, considerando á la mujer bajo un solo aspecto, olvida lamentablemente que su mision es mucho más levantada y civilizadora. En el largo trascurso de estos movimientos progresivos, preséntase la desenvuelta etharia, que por el contrario llega á rivalizar en instruccion con el hombre y que como él ama el arte y la filosofia, pero que en su vertiginoso delirio, amando tambien como la cortesana de todos los tiempos los vicios más asquerosos donde pierde todos sus afectos, se entrega á las más repugnantes y vergonzosas disipaciones. La etharia lleva consigo, sin embargo, el gérmen de un nuevo progreso, progreso que vagamente dibujado entre las irregularidades de su conducta, necesitaba de una época posterior, en la que se hicieran sentir sus influencias, engendrando mayores adelantos, que habian de resolverse ámpliamente más tarde y que debian ser como el cimiento en que descansara el sólido edificio de su emancipacion. Preséntase despues, como consecuencia de tal exceso, la mujer romana, hija de familia, sujeta por completo al poder del marido, que tiene en su apoyo los derechos que le concede una legislacion inflexible; cuya le-

gislacion, influyendo poderosamente en los pueblos modernos, ha dejado como herencia en nuestros códigos, á la par que los santos principios de la razon escrita, la opinion equivocada de una época muy lejana á la nuestra, por la que se quiere hoy sostener una doctrina que es ya marcado y pernicioso retroceso. La mujer romana presentase más tarde como última evolucion la mujer regenerada por las sublimes máximas del Evangelio, que llena con su nombre la mejor página de todos los desenvolvimientos.

..

Aunque en aquellos anteriores cambios, se conserva siempre el principio de la inferioridad de la mujer, venia preparándose como provechosa reaccion, un movimiento altamente civilizador y humano, que como la luz del claro dia penetraba súbitamente en todas las conciencias. El cristianismo, la más alta expresion del sentimiento religioso, era el que daba la última palabra en este gran problema; el cristianismo, que levanta á la mujer del tristísimo estado de sierva y le señala toda la importancia de sus destinos; el cristianismo, que hace, por su moral, á la mujer perfectamente igual al hombre, y vé en el matrimonio dos cuerpos en un alma, para adorar y bendecir á Dios; y el cristianismo, en fin, que puede decirse, en este sentido, el feliz término de todos los ideales. Así, pues, bien hayan los pueblos invasores de Roma en el siglo IV, que abrazando con ardiente fé la buena doctrina, hacian participar con ellos á sus mujeres en el botin conquistado, y respetándolas hasta el delirio, dieron en su frenesí comienzo á una edad, que si puede llamarse apasionada, lo fué seguramente porque no pudo resistir en su seno el calor volcánico de tan grandes ideas.

Señores: así en la vida de la humanidad como en la vida del individuo, difícilmente se halla un estado regular y perfecto, en el cual todas las fuerzas se encuentren unidas obedeciendo desembarazadamente á un principio de armonía, que esté en relacion justa con la ancha esfera de todas las necesidades, sin que obrando con frecuencia la pasion tanto en la humanidad como en el individuo, se provócan reacciones profundas, que llevan tras de sí funestas y la-

mentables consecuencias. Nació la mujer cristiana, pura é inmaculada, sobre el fondo de cieno de las sociedades anti-güas; pero no ya el sentimiento religioso, sino el apasionamiento irreflexivo, hizo de la mujer lo que el famoso Don Quijote habia hecho al convertir á ruda manchega en la sin par Señora Doña Dulcinea del Toboso; y encadenándola, aunque ya fuese bajo dulces cadenas, se desconoció la verdadera mision que con espíritu superior le señalaba el cristianismo. La edad media no pudo ser mas que un periodo anormal, que habia de producir más tarde otro periodo frio é indiferente, que dominado por el árido excepticismo, se resolvía para la mujer en una crisis dolorosa. La mujer de nuestro siglo, hija de la revolucion, llevaba en su seno el sello terrible de esta historia, junto á la esperanza de su libertad; pero aquella época de desconcierto y de angustiosa duda, donde nada descansaba sobre bases sólidas y permanentes, poco hizo hasta el dia mas que conservar vivo en su memoria el recuerdo triste de tan penosa servidumbre.

..

Partiendo del principio de que la mujer y el hombre son un mismo sér, bajo dos distintas manifestaciones, debe considerarse á la mujer de la misma manera que al hombre, sin que parezca que esta igualdad depende de una generosa concesion. Es necesario que tengais muy en cuenta, que la mujer no ha de vivir siempre protegida por los cuidados de sus padres; que no ha de vivir siempre protegida por los cuidados de su marido; que puede por el contrario hallarse rodeada de todos los peligros, encontrándose abandonada, víctima de todas las asechanzas; y entonces comprendereis la injusticia de que no se la eduque para la independencia y para el trabajo, ya que exige esta misma independencia, que le concede la naturaleza y nadie tiene derecho á arrebatárle.

Si; la mujer, que como dice Michelet ha nacido para amar, debe amar á sus padres, de quienes ha de recibir una educacion séria, y no esa educacion superficial y frívola que solo lleva consigo vanidosas necesidades. Cada una en su esfera debe instruirse para tener conciencia de su verda-

dera mision, y buscar en las buenas lecturas el mejor y más sano recreo. Debe amar á su marido, si es casada, y sobre todo la santidad del matrimonio, para que no olvide nunca que si aquel falta, si la desgracia la combate, ha de ser ella sola la que responda á los imperiosos deberes y á las graves atenciones de la familia. Hè aquí porqué no se comprende que cuando la ley le concede el derecho de propiedad, se le limite con autorizaciones inconvenientes. ¿Ha de ser acaso el matrimonio una monarquía, cuando tal gobierno es, en tan limitada esfera, un gobierno despótico?...

La mujer, gracias á los adelantos de la industria con las máquinas, dice á su vez el sábio Monseñor Dupanloup, hasta la de más modesta clase, se halla libre de lo que era en otras épocas motivo de penosas y difíciles tareas; y hoy ya que esas ocupaciones han desaparecido ó si no han desaparecido, se han abreviado, ¿porqué no ha de buscar en el trabajo que proporciona una profesion ó un oficio, el consuelo de todas sus penas y el perfecto conocimiento de todos sus deberes?

Las necesidades sociales, las distintas situaciones de la vida, imponen, á la vez que derechos, diferentes obligaciones á la mujer; pero siempre y en todas ellas, prudencia, recogimiento, dulzura, no para ceder á extrañas imposiciones, sino para mantenerse firme en el cumplimiento de sus deberes.

Si entonces se le priva de derechos políticos, ¿qué le importa, cuando ella, con su opinion ilustrada, podrá influir en los que, en muchas ocasiones, no serán más que sus meros mandatarios?

Vamos, pues, á este objeto, á tratar dos cuestiones importantísimas, que son, puede decirse así, el corolario de todo lo que con el perfeccionamiento de la mujer se relaciona. ¿Debe tener la mujer acceso en las carreras profesionales? ¿Debe ser libre para ella el ejercicio de los derechos políticos? El que en esta ocasion tiene el honor de dirigiros la palabra, estima, que entre todos aquellos problemas que se refieren al estado actual de la mujer, no hay ninguno que como este revista tanta importancia. Insistiendo más y más en que la desigualdad de aptitud no existe en lo que se refiere á la ciencia y el arte, y ejemplo vivo de ello son

más de una darwinista cuyos escritos se leen con grandísimo respeto en el mundo científico y el número de las que á cada paso se encuentran como luminosas estrellas en el cielo del arte, no habia de serme difícil demostrar, con cuán soberana injusticia se ha tratado hasta ahora de separar á la mujer de determinadas corrientes sociales, que suponen tambien su apartamiento de una aspiracion que como en el hombre es perfectamente normal y legitima. Señores, yo entiendo que todo lo que sea en beneficio de la mujer, todo lo que tienda á darle más importancia, á modelar su espíritu y á quitar esos recelos y esas desconfianzas que naturalmente inspira la conducta avasalladora del hombre y la presente inferioridad de la mujer, es empresa altamente civilizadora y humana. Debe buscarse la perfecta armonía y no la rivalidad de los sexos; esa rivalidad engendradora de grandes desavenencias. Lo que se trata de combatir es ese indecoroso proceder que reduce á la mujer en su esfera de acción, no, en el buen sentido de la palabra, al gobierno de la casa, sino al mero manejo de los quehaceres domésticos; y estimando en ella estas condiciones con ausencia de toda otra, para no hacerla pasar más que por un miembro útil á la familia, ella que es verdaderamente la familia misma. En el lenguaje usual es donde más se advierte esta dependencia. Fulana no es Fulana, es la mujer de Fulano, que muy ufano y muy dueño de su persona, habla de su mujer como quien habla de un animal doméstico. La verdad es esta; podrá con mejor modo decirse que es bella, que es discreta, y sobre todo que es hacendosa; pero esa discrecion, cuando no lo demás, por no tener aplicacion al hombre, es en este caso, así como el resplandor de la luna, algo tibio, algo como un día de otoño, sin la transparencia, sin la frescura, sin la fuerza y sin el prestigio de estas virtudes cuando se manifiestan en el hombre. La mujer, pues, necesita instruccion; es más, necesita libre acceso á todas las profesiones, ampliamente, sin límite alguno; donde vá una vocacion, vá una aptitud; el talento es siempre superior; si la mujer tiene condiciones de mando, que mande; si el hombre es un cuitado, que sufra como resultado de su condicion humilde la penosa servidumbre. Lo que hace falta es que se lleve á la conciencia de la mujer todo esto, y sobre todo lo que hace

falta, es que el Estado lo reconozca; dejad, razas decrepitas, ancho campo à todas las aspiraciones; dejad abiertas esas válvulas, oprimidas por tanto tiempo y que el espíritu se manifieste; que esas contemplaciones y esos miramientos no son mas que fórmulas hipócritas de poquedad de ánimo.

La más trascendental de las funciones humanas, es la que corresponde à la madre, la educacion de sus hijos; y ¿habreis de limitar, moralistas trasnochados, todas esas funciones, al más ó menos arte para mover la cuna ó à cualquier otro ejercicio análogo? ¿Siempre rudimentarios y en muchas ocasiones absurdos! La madre debe saber lo que es su hijo; debe conocer su organismo; debe saber cuáles son sus necesidades físicas; debe apreciar y medir tènicamente las condiciones de la alimentacion; debe de igual manera saber preservarlo de los agentes exteriores, auxiliando de un modo racional su desarrollo, y debe, en fin, abrir sus brazos para defenderlo de todos los peligros, como la Niove mitológica, apasionada, sí, puesta el alma, la vida entera hacia este objeto; pero al mismo tiempo, prudente, resignada, reflexiva, atendiendo y tratando de apartar de él todos los peligros. ¿Y podeis suponer ni por un momento siquiera, que la mujer, en las circunstancias actuales, responde como deberia à esas necesidades? Ni por asomos lo penseis; à todos os consta, lo mismo que à mí, que está muy lejos, y que la pobre mujer, cuando es buena madre, lucha y envejece en estos cuidados, temiendo siempre por la salud y el bienestar de sus hijos, expuestos à los peligros que lleva una práctica imperfecta, cuando no ya en clases que se tienen por elevadas, se hace completo abandono de tales funciones en manos mercenarias, vendiendo de esta suerte los más nobles impulsos.

La importante y aun poética mision de la madre, se vé tratada así en unos casos con torpeza y en otros más que torpe, indignamente; porque la mujer se encuentra de ordinario en un estado de cándida ignorancia, que no le permite salir de esta estrecha esfera donde parece que se señala el límite de todas sus aspiraciones. Pero si difícil es la mision de la madre en esa primera época, casi puede decirse que no es nada con la que le sucede, cuando su hijo empieza à recibir las primeras impresiones, esas impresiones que deci-

den de la vida; allí necesita de un espíritu ilustrado, de alta moralidad, con juicios propios y un perfecto conocimiento del mundo, para responder oportunamente á ese afán que se desarrolla en los niños de saberlo y conocerlo todo. ¡Qué problema! ¡qué importante mision la de la madre, que es la primera que recibe aquel sér, á quien todo sorprende y todo sobrecoge! ¡qué momentos, señores, qué preciosos instantes aquellos! Los poros del organismo, así como los del espíritu, abiertos. . . ¿Quién se pone delante? ¿quién tiene el raro privilegio de representar en aquel solemnísimo momento á la humanidad que vive con la humanidad que abre los ojos á la vida? ¿Quién? De ordinario una mujer inculta.

Insisto, pues, cada vez más, en que la mujer, no perdiendo el carácter de mujer, necesita una gran instruccion, á cuyo objeto no debe oponerse obstáculo alguno y antes por el contrario, facilitándole todos los medios de desarrollo y perfeccionamiento, debe aspirarse á que alcance toda la importancia que su estado requiere.

Si esas deficiencias que antes apuntamos, se notan cuando tiene que atender á sus hijos en la primera edad, ¿cuánto más no han de notarse cuando para ellos vienen los años y con los años nuevas necesidades? Entonces se provoca una crisis, cuya crisis tiene que resolverse en detrimento del prestigio de la madre, entregando sus hijos á maestros asalariados que en establecimientos mal sanos y en las peores condiciones, reúnen grupos de chiquillos que hacinados y de mala manera, reciben una educacion formulista, que sugetándolos las más de las veces á un patron estrecho, apaga y mata en flor las mejores disposiciones. Los interesantes problemas de la educacion tienen íntimo enlace con los que se refieren á la familia, tan desatendidos por desgracia. No parece sino que se quieren posponer á toda suerte de intereses, aquellos que se refieren á la familia. Los padres deben ser siempre superiores á los hijos, ó esto al menos debe ser para los hijos un axioma; así como tambien aquellos deben merecer igual consideracion; existe un desequilibrio, y este es por parte de la madre, que es de ordinario débil é ignorante; y esta debilidad, aunque no lo parece, quebranta y destruye la familia. Tan verdad es esto, que ni uno solo de los autores que se han ocupado del im-

portante asunto á que me refiero, y entre ellos alguno ventajósísimamente conocido por ser autor de todo un sistema filosófico, ha dejado de reconocer lo nociva que es esta desigualdad, que se hace más palmaria cuando se ha terminado en establecimientos docentes de cierta importancia, la educacion de los hijos; coloca á la mujer en un gravísimo estado y le hace perder el prestigio y la autoridad que merece, porque no hay nada más humilde y más bajo que la ignorancia, como no hay tampoco nada más alto y de mayor estima que el propio valer de un espíritu ilustrado. Además, hay una consideracion que no debe perderse de vista, aunque ya corresponde á otro orden de ideas; sumando el tiempo que se pierde en lo que se llama la vida social, las fiestas, los entretenimientos lícitos, que á más de costosos no siempre son tan lícitos como se pretende, resultaria con exceso tiempo bastante que dedicar á ocupaciones deleitables y verdaderamente honestas, así como la Literatura y las Bellas Artes, con las que nada ciertamente puede compararse. Ese sistema molesto que pretende hacer de la mujer propia una buena ama de gobierno, es altamente pretensioso, cuando supone que él solo posee la fórmula de la felicidad doméstica. La justa apreciacion de las cosas y un criterio maduro y no ese caótico conjunto de derechos y deberes que forma como el Manual de las mujeres casadas, es lo que dá la economía y el arreglo y dá á la vida un aspecto ideal y encantador, en vez de ese carácter estrecho y torpe, con marcado olor á cocina. No, y mil veces no; la mujer está reservada á más altos destinos y el que alienta en su pecho sentimientos honrados no puede por menos de reconocer estos derechos y trabajar con fé en esta obra de regeneracion. El espíritu humano es uno solo; ya se manifieste en uno ú otro ser, el principio fundamental existe indiscutible; las aptitudes, las inclinaciones, ya se expresen de una ú otra manera, siempre son las mismas, y siempre se presentan con iguales prestigios; necesitan ancho campo en que desenvolverse y nada más justo que se les ofrezca libre de todo obstáculo. Claro está, que las naturales ocupaciones de la mujer y sus naturales aptitudes, no han de verse por esto interrumpidas, porque corresponden á su manera de ser y á su organismo, puesto que coincidiendo con estos, pueden y de-

ben cultivarse otros fines humanos perfectamente compatibles. La mujer médico especialista en enfermedades de mujeres; la mujer farmacéutico, la mujer telegrafista; la mujer tenedor de libros, empleado en correos y hasta la que defiende sus propios intereses y derechos, es perfectamente lógica su situación, como en todas aquellas ocupaciones que son por su naturaleza estacionarias, y que en la mayor parte de los casos las hacen compatibles con los deberes de la maternidad. Yo estoy seguro, que no habrá ninguno de vosotros que deje de reconocer la razón con que la mujer solicita diariamente el acceso á las carreras profesionales, y los ejemplos, bien recientes por cierto, que de esto mismo hemos tenido en nuestra patria, sin que por ello peligre la moral, ni la buena marcha de la república; los cuarentos sociales no se han movido y ninguna desgracia nueva é inesperada se ha dejado caer sobre nosotros. La mujer, pues, dicho sea sin rebozo, exige con razón justísima el libre acceso á las profesiones. Y aquí entra mi opinión particular en este punto: ¿qué límite debe tener esta aspiración? Ninguno; donde exista una vocación, una aptitud, allí está la profesión que debe adoptarse; esa es la manera de formar una generación vigorosa y en el dominio de sus propios destinos. La misión del Estado no es la de educar, es simplemente la de mantener el equilibrio en las funciones sociales, no permitiendo que ninguna de estas esferas sea avasallada por la otra. Toda tutela es nociva; recursos propios, elementos de vida nacidos de la lucha de encontrados sentimientos y aspiraciones; ahí es donde se forma el espíritu, donde se cultiva el propio valer y donde se forma, como decía Goethe, á ese ser que en tésis general llamamos el *hombre*. Ancho campo á los aspiraciones; vengán todos á la lucha y la virtud y la bondad de espíritu se lleven la palma, hundiéndose para siempre las pasiones y las estúpidas veleidades de ese otro ser, ya desacreditado, cuya torpeza insigne no le ha permitido todavía aprender á vivir de un modo inteligente...

¿Para qué decir, después de esto, que la mujer debe gozar de derechos políticos? Obedeciendo á una buena reglamentación, la mujer debe expresar su voluntad, haciendo manifiesta su intención en este sentido; tal vez el cuerpo

electoral tuviera entonces más independencia y no asistiéramos à esta triste parodia del régimen representativo; tal vez su voluntad no fuera tan fácil como se supone y tal vez viniera la lucha que mantiene tan vivos y tan enteros los organismos. Que la mujer tendria que pasar antes de esto por un periodo de preparacion y aleccionamiento, pudiera objetarse; no es obstáculo; creo, por el contrario, que habia de ser más fácil de lo que parece esta reforma y que si bien es cierto que el ejercicio de estos derechos supone instruccion bastante y fijeza de ánimo, no lo es menos que estas condiciones hubieran de venir con el tiempo, que del error y de la torpeza salen los prevenidos.

Reconocidos los anteriores derechos,  quien duda que debe ser dueña de disponer de sus bienes en la forma y modo que le parezca mejor y más conveniente? No encontrará nunca palabras bastante duras para expresarme respecto al hecho abusivo de privar   la mujer de la representacion de sus propios bienes.  Cu ntas veces no he tenido ocasion de observar en las práctica de los Tribunales, de qué manera comparece Zutana en juicio, autorizada debidamente por su marido, cuando este es holgazan, vicioso y de malas costumbres y la mujer inteligente, firme y decidida por la tranquilidad y el bienestar de su familia. Verdaderamente es un sarcasmo, d r autoridad   unas actuaciones porque en ellas interviene una persona de esa indole. Es imprudente, digo, y perjudicial en gran manera, ver al marido apoderarse por asalto de la administracion de los bienes para perderlos en disipaciones y devaneos, en tanto que la mujer est  privada hasta de lo más necesario. La mujer, por su naturaleza de una penetracion singularísima, sabe y calcula más que el hombre; es de condicion esencialmente económica, hasta el punto que puede decirse que todos aquellos que v n aumentarse su fortuna, lo deben   las condiciones de arreglo de su compañera, lo cual está expresado en el adagio vulgar que dice: la mujer atera, etc.

Dispensadme estas ligeras digresiones que parecen apartarse en cierto modo de la grandeza   importancia del tema que aquí se ofrece   la discusion; pero está tan dentro de m  la creencia de la grandeza de ánimo en la mujer y de sus relevantes condiciones, que creo disculpable

todo cuanto tienda á demostrar lo que me propongo. A tanto llevo esta opinion, que no vería con extrañeza alguna, sino antes por el contrario con mucho gusto, que se cambiára la fórmula curialesca de «Zutana comparece con la autorizacion de su marido», con la de «Fulano comparece con la autorizacion de su mujer...»

Hay, sobre todo, señores, una razon que abona este parecer: la pobre mujer sigue paso á paso todas las vicisitudes de la familia; ella sufre todas las privaciones, todos los dolores y la educacion de los hijos, por más que tanto afan inspire á las madres, es una série de sufrimientos que no tiene límites; sale el espíritu de la mujer tan curtido de todas estas pruebas; sale tan formado, que no hay nada que pueda compararse con ella; ella sabe lo que es la familia; ella conserva las tradiciones; ella solo. El hombre, áun el padre más cariñoso, es en la mayor parte de la veces un *soberbio egoísta*, que no vé de la vida más que la parte agradable y risueña. En fin, señores ¿hasta donde llegaría por este camino? Es incalculable. Hácese tan palmaria la injusticia que con la mujer se comete, que necesita de ardientes defensores; y por mí sé decir, que habiéndome ocupado de este asunto en otras sesiones del Ateneo, despues de pasar muchos años, he visto por fortuna que mis opiniones de entonces han ido en mí arraigándose más y más; y ¿cómo no, cuando la mujer es digna de todas las consideraciones; la mujer, que habiendo nacido para el bien, necesita un gran esfuerzo para violentar estas condiciones naturales de su carácter; la mujer, que es esencialmente pudorosa y cuyo sentimiento resplandece formando en ella toda su existencia; la mujer que es el alma de nuestra alma. Se vé humillada, consumirse en trabajos penosísimos de los que se le recompensa miserablemente; así todos sabemos de qué manera se le arribatan esas ocupaciones que no exigiendo un superior esfuerzo, hállanse en armonía con su educacion y con sus naturales aptitudes y que si por acaso alguna vez se presenta en lucha con su adversario, en el ejercicio de esas mismas ocupaciones que arbitrariamente se le disputan, al premiar al hombre, como ordinariamente se hace, se viene á entablecer para la mujer una diferencia injuriosa, pues parece que solo quiere castigarse en ella la desgra-

ciada condicion de su sexo. ¿Qué me direis á este objeto del fornido mancebo que en lujosísimo establecimiento vende piezas de percal ó de saraz? ¿no pudieran tener mejor empleo todas esas fuerzas? ¡Ah, ya lo creo! pero en cambio hacinar mujeres para la prostitucion ó dejarlas reclutar para servir de pasto á la misma prostitucion en lejanos paises, ó presenciar impasibles la cotizacion de una mujer que se vende y ver estas ventas garantidas por las autoridades; dejar á personas queridas rodeadas de tantas asechanzas, cuando no se sabe qué suerte les está reservada; dejarlas pobres, que la malicia pronto hace presa de la miseria... ¿No os parece hermoso esto? No fuera malo decir: ¡maldita sea la época que produce tamañas iniquidades...!

Resumiendo: la mujer, por su naturaleza esencialmente inteligente, con aptitud para todos los fines humanos, aleccionada por todos los quebrantos, pesando como sobre ella pesan graves responsabilidades, y con iguales necesidades que el hombre en lo que se refiere á su presencia en el mundo físico, ha estado y sigue estando desatendida; el día que dé ancho campo á sus aptitudes y aspiraciones, con libre acceso á todas las profesiones, y se le deje la representacion de sus bienes dándole á conocer su importante destino, alcanzará la vida un aspecto más brillante y habremos entrado en una época de mayor engrandecimiento; porque tened entendido que si sobre nosotros pesa amenazadora crisis social y económica; si todos nuestros elementos de vida y de grandeza permanecen olvidados; si la miseria toca ya á nuestras puertas; si la industria no existe, si la agricultura vá siendo un recuerdo, no es por otra cosa que porque, en la confusion lamentable de nuestra vida y en la torcida y peligrosa senda que han adoptado nuestras costumbres, ha venido á convertirse una generacion vigorosa y enérgica, capaz de llevar á feliz término las más peligrosas empresas, en débil y afeminada generacion, vanamente entretenida, cuando no en utópicas aspiraciones, en arrebatarse cobardemente á la mujer aquellos trabajos y aquellas aptitudes que siendo suyos exigen, no ya como medios necesarios de desarrollo, sino como elementos precisos para su subsistencia.

He dicho

